



SOMBRA

Arturo Martínez Galindo

NOVELAS en la FRONTERA

Esta colección recupera la tradición de la novela corta en una zona desdibujada en las cartografías literarias de América Latina: la frontera sur de México, Centroamérica y el Caribe de lengua española. Con la novedad de este corpus, buscamos propiciar su lectura y estudio, así como el reconocimiento y la diversidad de los vínculos geográficos, históricos, culturales y literarios de estas fronteras, abiertas al diálogo en el tiempo y en el espacio.

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com



S O M B R A

ARTURO MARTÍNEZ GALINDO

Mario Gallardo
Presentación

Novelas en la Frontera

EQUIPO EDITOR DE LA COLECCIÓN



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com

Arturo Martínez Galindo, *Sombra*
Primera edición digital: 6 de noviembre de 2020
D. R. © 2020 Universidad Nacional Autónoma de México
Avenida Universidad 3000
Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán,
Ciudad de México

Instituto de Investigaciones Filológicas
Circuito Mario de la Cueva, s. n.
Ciudad Universitaria, 04510, Ciudad de México

Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales
Ex Sanatorio Rendón Peniche
Calle 43 s. n. entre 44 y 46
Col. Industrial, 97150
Mérida, Yucatán, México

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Avenida Universidad 3000
Torre II de Humanidades piso 3
Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán,
Ciudad de México

ISBN: EN TRÁMITE (de la colección)
ISBN: EN TRÁMITE

Este libro se realizó con apoyo del Proyecto CONACYT CB 255210,
coordinado por Gustavo Jiménez Aguirre

Esta edición y sus características son propiedad
de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.
Hecho en México.

ÍNDICE

Presentación. De <i>Larva</i> a <i>Sombra</i> : tras los pasos de la Inalcanzada <i>Mario Gallardo</i>	5
<i>Sombra</i>	
I. La salita de Solon Perkins	27
II. Mi jefe, aquel espléndido señor	35
III. Serían tal vez las once de la noche	41
IV. Como yo tengo mi propia terapéutica	47
V. Era el último sábado del año	53
VI. Cuando salí de Washington	61
Noticia del texto	67
Arturo Martínez Galindo. Trazo biográfico	69

PRESENTACIÓN

De Larva a Sombra: tras los pasos de la Inalcanzada
Mario Gallardo

Años de preparación

En 1903, el día 3 de septiembre, en medio de la agitación política provocada tras la toma del poder del general Manuel Bonilla, nace en Tegucigalpa Arturo Martínez Galindo, hijo de doña María Galindo y del general Pilar Martínez. Cuatro años después, el general muere en la batalla de Namasigüe, donde el ejército de Nicaragua derrotó a las fuerzas aliadas honduro-salvadoreñas; con este hecho se marca el inicio de la caída del gobierno de Bonilla.

Tras cursar estudios preparatorios, a principios de los años veinte ingresa a la universidad para estudiar Jurisprudencia. A la par de su trayectoria escolar, el joven Martínez Galindo muestra signos de una temprana vocación literaria, manifiesta mediante su participación en revistas y de la publicación de textos narrativos.

Ya en 1923 había fundado la revista literaria *Claridad* y, en marzo de 1925, aparece el primer número del quincenario *Ariel*, del cual es cofundador junto con el renombrado hombre de letras Froylán Turcios. Ese mismo año publica en *Ariel* el cuento “Una historia cualquiera”, seguido meses después por “La tentación”, relato con tratamiento erótico que inaugura una de sus temáticas recurrentes. Así se confirma al año siguiente con la publicación de “El incesto”, narración en la cual se atreve a lidiar con un tema considerado tabú en la narrativa hondureña de la época.

Sus filiaciones éticoestéticas lo llevan a coincidir con un conjunto de intelectuales (donde destaca como narrador Federico Peck Fernández), con quienes funda en septiembre de 1925 el Grupo Renovación. En aquel momento, aunque no forman parte de la agrupación, debe señalarse la presencia de Marcos Carías Reyes y Arturo Mejía Nieto, quienes comparten temáticas y abordajes narrativos enmarcados en la corriente del criollismo.

La adhesión a ese grupo marca una etapa en la que la obra de Martínez Galindo se debate entre las ya tardías influencias modernistas y el criollismo en boga, sobre todo, respecto a la temática y la ambientación narrativa. Sin embargo, también despunta una tendencia a explorar y problematizar el perfil psicológico de sus

personajes (como el caso excepcional de “Desvarío”). Un aspecto que tampoco puede pasarse por alto es la incorporación de personajes femeninos en la mayoría de los relatos —“La Nati”, “La tentación”, “La pareja y uno más”—, circunstancia que irá cobrando importancia hasta llegar a textos como “Aurelia San Martín” y *Sombra* (1940).

En 1928, Martínez Galindo viaja a Nueva Orleans en una suerte de exilio voluntario que lo lleva a reunirse con sus amigos de infancia: Guillermo Bustillo Reina y Jorge Fidel Durón, con quienes funda la revista *El Continente*, de la cual sólo aparecen tres números. En septiembre del año siguiente contrae nupcias con Luisa Bennaton.

En el plano literario, de esa época quizás lo más rescatable sean dos cartas, una dirigida a Alfonso Guillén Zelaya, publicada en *El Ateneo de Honduras*; la otra, escrita para Froylán Turcios, aparecida en la revista *Ariel*; así como el controvertido artículo “Honduras no tiene literatura ni literatos”.

Regresa a Honduras en 1930 y es nombrado secretario de la entonces Universidad Central, donde también imparte clases. Un año más tarde, y en un hecho decisivo para la concepción de *Sombra*, viaja a Washington, D. C. para integrar, con el cargo de primer secretario, la comisión hondureña que se encargará de

dirimir el litigio fronterizo con Guatemala. Martínez Galindo permanece en la capital estadounidense hasta 1933; su estancia le permite acceder a un ámbito cultural de enorme amplitud, experiencia que influye en su visión de mundo y constituye un sustrato esencial en su obra, específicamente en *Sombra*, cuyo contexto urbano y cosmopolita funda la modernidad literaria hondureña.

De Larva a Sombra, con escala en Washington

Poco se conoce acerca de la temporada que Martínez Galindo pasó en Washington, pero es evidente que fue crucial en su proceso de maduración literaria. Allí intuyó el paso natural a una narrativa de largo aliento, de la cual tendremos noticias el 16 de junio de 1933, cuando publica, a su regreso a Honduras, el texto titulado “Stokowski”, al que llamará “capítulo III de la novela inédita *Larva*”. Este fragmento no es otro sino el capítulo III de *Sombra*.

Si atendemos a la fecha de escritura que aparece al calce en la edición príncipe de *Sombra* (1932), podemos asumir que el autor traía de Washington un borrador de la obra, y que ésta no sufrió mayores cambios hasta quedar tal y como fue publicada en 1940, casi siete años después de aparecer el adelanto mencionado.

Pero más allá de la historia del texto, es fundamental reflexionar acerca del contexto literario en el que Martínez Galindo escribe *Sombra*, sobre todo, para definir cómo esta novela corta se inserta en un periodo decisivo tras la culminación del Modernismo. Como explica Donald Shaw en su *Nueva narrativa hispanoamericana*, a partir de 1926 se distinguen dos líneas de desarrollo: “la novela de observación y la novela conscientemente artística”, que se traducen en la gestación de una narrativa de “fantasía creadora” y otra de “angustia existencial”.¹

En Centroamérica, aparte del caso insólito de *El hombre que parecía un caballo* (1914), de Rafael Arévalo Martínez, la producción narrativa se centra en tres aspectos: 1) la relación naturaleza-hombre, 2) la temática de carácter social —enfocada en la intervención militar, política y económica de los Estados Unidos—, además de la presencia de las compañías bananeras y dictaduras militares, y 3) la veta regionalista-criollista.

En el resto de América, entre 1915 y 1929, la influencia literaria se define por las obras de Mariano Azuela (*Los de abajo*, 1915), José Eustasio Rivera (*La vo-*

¹ Donald Shaw, *Nueva narrativa hispanoamericana*, Madrid, Cátedra, 1988, p. 12.

rágine, 1924), Ricardo Güiraldes (*Don Segundo Sombra*, 1926) y Rómulo Gallegos (*Doña Bárbara*, 1929). Sin embargo, no se puede obviar que, en esas mismas fechas, hay otro arco que va de *El juguete rabioso* (1926) de Roberto Arlt a *El señor presidente* (1932) de Miguel Ángel Asturias, pasando por *No toda es vigilia la de los ojos abiertos* (1928) de Macedonio Fernández. Este periodo es casi idéntico al que enmarca la producción narrativa de Martínez Galindo, desde 1923 hasta 1932, es decir, a partir de la publicación de “Una historia cualquiera” y hasta la aparición de *Sombra*.

Es lamentable que no existan referencias precisas y fiables acerca de las lecturas realizadas por Martínez Galindo, pues serían de gran provecho para definir posibles influencias. No obstante, podemos realizar deducciones en torno a su obra a partir de su experiencia vital y trayectoria intelectual.

Sin duda, en sus años de aprendizaje, el joven escritor vivió inmerso en un contexto de gran inestabilidad política, económica y social. Desde 1920 hasta 1923, ocurrieron diecisiete levantamientos o intentos de golpe de Estado en Honduras; y de 1923 a 1925 se dio un periodo de luchas intestinas bajo la intervención de los Estados Unidos para proteger sus inversiones, sobre todo, las de las compañías bananeras en el norte del país.

Entre 1925 y, precisamente en el año del auto exilio de Martínez Galindo en Nueva Orleans (1928), vuelven los disturbios políticos, así como las huelgas en el sector bananero en demanda de mejores condiciones de trabajo. En 1930, cuando Martínez Galindo regresa al país, las exportaciones de banano alcanzaron su punto máximo, pero luego disminuyeron rápidamente, lo que provocó el despido de miles de trabajadores.

En 1931, cuando el escritor viaja a Washington, el gobierno se vio obligado a pedir prestados 250 000 dólares a las compañías fruteras para asegurarse el pago del ejército. En las elecciones del año siguiente llega al poder Tiburcio Carías, con ello se da inicio a una cruenta dictadura que duraría dieciséis años.

En el plano literario, pueden reconocerse en la obra de Martínez Galindo tres momentos decisivos: el primero está definido por la influencia del Modernismo, presente en sus primeros escritos, y la relación con Froylán Turcios, con quien colabora en la revista *Ariel*; el segundo está marcado por su participación en el Grupo Renovación, donde su obra muestra un leve giro hacia el criollismo, pero también comienza a manifestarse una tendencia a explorar el mundo interior de sus personajes; un tercer momento se genera al intentar un golpe decisivo de timón hacia la modernidad

literaria (vanguardia), éste es el tiempo en el que se circunscribe *Sombra*.

Sus primeros textos —según apunta Helen Umaña en su *Panorama crítico del cuento hondureño*— “formalmente no superan” a los publicados en la edición de *Cuentos completos*, preparada por Óscar Acosta para la Editorial Iberoamericana en 1996, pero permiten acceder a elementos clave como “la amargura, la ironía, el desprecio por el hombre-masa, así como la locura, el amor y la mujer ideal”.² Conviven en estas narraciones elementos modernistas y románticos, así como tópicos característicos del criollismo.

Luego, en los textos recogidos en *Sombra* y fechados entre 1924 y 1928, el elemento temático novedoso es el incesto como *leitmotiv*, y en el plano de las estrategias y recursos narrativos se percibe un desplazamiento que va desde el mundo externo hasta el complejo universo interno de los personajes. Así se observa en el empleo de herramientas cercanas al monólogo interior y el fluir de conciencia en “Desvarío”, mientras que el incesto y una lujuria apenas contenida calan las páginas de “La pareja y uno más”, “El incesto”, “La tentación” y “El padre Ortega”. Éstos son, sin duda,

² Helen Umaña, *Panorama crítico del cuento hondureño*, Guatemala, Letra Negra, 1999, pp. 76-77.

los antecedentes literarios de la novela corta que presentamos.

Una vez ubicado Martínez Galindo en Washington, no es difícil intuir la manera en que la ampliación de su horizonte de expectativas culturales influyó en su visión del mundo, a través de experiencias que concretaron una propuesta estética que lo alejaba de la dicotomía cosmopolitismo-americanismo, para buscar una modernidad literaria en consonancia con el nuevo mundo circundante.

Esta búsqueda literaria tiene que ver tanto con la creciente influencia de un medio cultural caracterizado por una intensidad ineludible como por lo que Klaus Meyer-Minnemann explica en *La novela hispanoamericana del fin de siglo*:

De hecho, la aspiración a la modernidad entre los jóvenes autores latinoamericanos de los últimos años del siglo XIX y primeros del XX, es comprensible como movimiento complementario de un periodo específico en la evolución económica y político-social de Latinoamérica.³

³ Klaus Meyer-Minnemann, *La novela hispanoamericana del fin de siglo*, México, fce, 1997, p. 52.

Tiene pertinencia aclarar que el libro de Meyer-Minnemann se enfoca en novelas publicadas entre 1885 y 1925, pero más adelante advierte que “la novela hispanoamericana tampoco es un bloque monolítico; más allá de las características de su desarrollo literario, existen diferencias según cada región, que en algunos casos podrían llegar a ser muy significativas”.⁴ Y éste es el caso tanto de la novela en Honduras como del texto que aquí nos ocupa.

En resumen, al ahondar en el estudio de las circunstancias que rodean a Martínez Galindo, toma forma la idea de que la concepción y escritura de *Sombra* sólo pueden explicarse si prestamos especial atención al trienio 1930-1933, cuando radicó en Washington.

Un análisis comparativo nos revela que *Sombra* posee características distintas respecto de la obra anterior de Martínez Galindo. En lo que corresponde a la trama, se presenta como un vaivén narrativo que va desde un mundo exterior definido por la inmediatez urbana de tres ciudades estadounidenses, Washington, Baltimore y Nueva York, hasta la complejidad del mundo interior de Claudio Margal, el protagonista.

⁴ Klaus Meyer-Minnemann, *La novela hispanoamericana del fin de siglo*, ed. cit., p. 59.

Así pasaremos de la espléndida salita de Solon Perkins, en vísperas de una reunión del grupo de íntimos amigos de Margal, a las amargas reflexiones de éste cuando ya “todos habíamos perdido el entusiasmo”, embargado “por una tristeza sin causa, una genuina tristeza, una tristeza fundamental... una tristeza mía, tan pesada”, que intenta sacudir con “muchas copas de alcohol, pero la tristeza se me tornó más torva, mucho más”. Luego vendrá el primer encuentro con la mujer que hace pedazos su equilibrio, su tristeza, irrumpiendo asoladoramente en su vida. A partir de ese instante, los ejes cardinales del relato se mueven en razón directa de la búsqueda de tan elusiva presencia.

Para afrontar una empresa narrativa de semejante índole, Martínez Galindo asume el imperativo de representar, de exponer, de encarnar, en suma, de cumplir las exigencias de una mimesis elemental que lo arrastra a crear una escenografía creíble. Ante ese reto, la respuesta del autor es “el refinado uso de la visión”; no obstante, ve las ciudades con nuevos ojos y las reinventa al describirlas, no desde la óptica de quien ha nacido y crecido entre esas calles y edificios, sino desde el personaje ajeno y problemático que ha creado especialmente para su mundo de ficción. A veces Margal parece un moderno *flâneur*, pero esa palabra, que alude a un acto muy concreto, pasear, evoca en *Sombra* aspectos más

complejos en la medida que constituye una manera de relacionarse con la realidad.

Y es que la visión de ese “extranjero” crea una original tramoya donde Washington está envuelta “por una luz dorada y purpúrea, que no se sabía si descendía de los cielos o si ascendía de las hojas abrumadas y amarillentas ya por la influencia del otoño”. Baltimore, mientras tanto, sirve de pretexto para honrar la memoria de Edgar Allan Poe. “Inmenso bardo”, lo llama, y el recurso para reforzar su grandeza es la anécdota del llanto desesperado de su amigo Manuel sobre la tumba del autor de “El cuervo”, a quien reduce a su faceta más humana al recordar que “a su lado duerme también Virginia”, con quien el poeta tuvo hambre en Filadelfia, la misma Virginia, “aterida de frío en Nueva York”.

No puede pasarse por alto el bien logrado recurso de la comparación, que para el protagonista radica en que “Washington es a Baltimore lo que un señorito es a un obrero; Washington no sería un pobre marco para George Brummell; en Baltimore puede comprenderse a Lenin y hasta dan deseos en ella de cantar *La internacional*”. La mención del político ruso podría considerarse normal en lo concerniente a referentes culturales de la época, pero la alusión casi bizantina al “príncipe de los elegantes”, al primer dandi de la historia, da fe de la condición de hombre letrado de Martínez Galindo.

Siempre ligado al plano del contenido, resulta evidente la pretensión de verosimilitud en los sucesos y sus consecuencias. Aquí destaca la importancia de los “operadores realistas” que, como definiera Barthes, cumplen con su función de “autenticar la realidad”.⁵ Sin llegar a ser obsesivo, el narrador ubica referentes precisos para “avaluar” espacios y tiempos, como en el ya mencionado capítulo III, donde la figura del mítico director de la sinfónica de Filadelfia, Leopold Stokowski, sirve como pretexto para realizar un despliegue erudito sobre su música. Margal llega al extremo de considerar a esa orquesta y a su conductor como “una voz de la naturaleza” a quienes incluso compara, en una evocación magnífica, con “la zarza ardiente y aquel sagrado monte, porque me estaba hablando Dios”.

Pese a esta decidida apuesta por la verosimilitud, es un hecho revelador que la búsqueda de la mujer misteriosa está marcada por desenlaces inverosímiles, hasta el punto en que ella adquiere una condición fantasmal. Incluso, al final, logra eludir a un apasionado y ansioso Claudio Margal, situación que hace dudar de su existencia o, por qué no decirlo, hasta de la cordura del protagonista.

⁵ Roland Barthes, *Análisis estructural del relato*, México, Ediciones Coyoacán, 2001, p. 17.

El resultado de esta persecución de la Inalcanzada tiene efectos inmediatos en el mundo interior del protagonista en tanto manifestación tangible de lo extraordinario. Ante la “situación límite” que afecta integralmente sus sentidos, Margal opta por su propia “terapéutica”, el tratamiento de soledad y de sombra: la “noche ininterrumpida de siete días”.

El fracaso de la “terapéutica Margal” es resonante, pero desnuda aspectos intimistas ligados a su “ejército de fantasmas” que, de manera por demás reveladora, lo integran exclusivamente mujeres: ese “rebaño oscuro, pretérito dolor inolvidable”. Sobre todos esos cuerpos y rostros “impuso su palidez y sus lunares el fantasma que no ha sido realidad: la sombra desconocida, mi sombra mía, actual y tremenda...”.

En ese momento del relato, la estructura narrativa opera en razón directa de la “revelación final” y, para terminar de configurar el martirio, ya sólo falta la penúltima prueba, la confesión equívoca: Margal, ese último sábado del año y bajo el influjo de la noche perfecta, la “noche-noche”, experimenta la “sed inenarrable de ser consolado” y, entonces, durante una hora interminable, abre su “haber emocional”, su “tesoro sentimental” acerca de la misteriosa mujer. Pero Edna no puede ofrecerle consuelo alguno porque piensa que su amigo le ha confiado un invento literario, una fútil

“arquitectura cerebral”. La realidad por un momento coincide con la literatura, y la pregunta “¿no le has puesto nombre aún?” jamás tuvo connotaciones tan dolorosas. La escena final de este pasaje tiene, más allá de la avidez incalificable del incesto, un simbolismo latente que todavía queda por desentrañar y que se complica en cada lectura.

La estación final: la partida de Margal hacia el continente europeo, agravada por la aparición del fantasma pálido, además de su frase definitiva: “Todos somos sombras”, ofrece la bellísima descripción de una “joya milagrosa” exhibida en el Metropolitan Museum of Art de Nueva York: el *Salero*, creación del orfebre florentino que vivió en el siglo XVI, Benvenuto Cellini.

Tras una primera lectura supusimos que se trataba de la obra modelada y fundida entre 1539 y 1543 para el rey Francisco I de Francia, la cual forma parte de la colección de artes decorativas del Kunsthistorisches Museum, en Viena. Sin embargo, la descripción no encaja: en el *Salero* las figuras principales son Anfitriete y Neptuno, las personificaciones de la tierra y del mar; en cambio, Martínez Galindo describe a una tortuga con un dragón sobre su concha y, además, menciona a una esfinge de senos de pezón prominente. Esta obra es, en realidad, la *Copa Rospigliosi* —atribuida erróneamente a Cellini hasta 1984—, una falsificación

del siglo XIX, creada por Reinhold Vasters, orfebre alemán que trabajó en Aquisgrán entre 1853 y 1890.⁶ Aunque en los años treinta la *Copa Rospigliosi*, exhibida en el MET, aún se consideraba una obra auténtica de Cellini, nunca se trató del *Salero* referido por Martínez Galindo.

La propuesta abierta del final deja en *Sombra* un hábito de incertidumbre que podría resultar oneroso a la hora de una valoración crítica, e incluso apuntaría al calificativo de “obra inacabada”. La fecha de escritura registrada en la edición príncipe es 1932, pero la historia del texto tampoco resulta favorable, porque el antecedente de un relato titulado “Stokowski”, el 16 de junio de 1933, como anticipo de una novela llamada *Larva*, nos refiere un probable *work in progress*. ¿Qué impidió en esos siete años (la primera edición que recoge *Sombra* junto con otros once textos se publicó en 1940) la versión definitiva del texto? ¿Estamos ante una obra “cerrada” o Martínez Galindo decidió dejar el texto tal y como probablemente fue redactado en 1932, ante la imposibilidad de concluir su edición una vez que perdió contacto con el contexto que alentaba su trabajo?

⁶ Así lo registra el *New York Times* en su edición del 12 de febrero de 1984, disponible en <<https://nyti.ms/2HvGQI2>>.

Las preguntas están ahí, pero no arrojan dudas sobre la calidad del trabajo narrativo de su autor: *Sombra* es un texto ambicioso que se instala en la historia de la literatura hondureña como punto de partida de una modernidad literaria que apunta a la superación de la narrativa telúrica, mediante un proceso de renovación de temas y técnicas propios de las vanguardias.

El final

En 1934, Martínez Galindo viaja a San Pedro Sula, donde permanece hasta el año siguiente. En esa ciudad se convierte en director de *El Norte*, periódico fundado por Vidal Mejía. En 1936 decide trasladarse al puerto de Trujillo para ejercer como litigante. A partir de ese momento, y hasta 1938, su producción literaria se limita a poemas sueltos como “Canto a Trujillo”, “El jardín de La Concordia”, “Tú aritmética”, “Dulce mujer tardía”, “Desencanto” y “Destino”.

Casi un año antes de su muerte, el 23 de abril de 1939, en una carta enviada a José María González Rosa, director del *Diario Comercial*, publicado en San Pedro Sula, Arturo Martínez Galindo afirma:

Respeto mi profesión —abogado— pero no la amo; en cambio, amo la literatura, pero no la respeto. He dirigido

algunos diarios y revistas. También sería conveniente suprimir este dato, por ser intrascendente. Si no hubiera estado yo al frente de esas publicaciones, las cosas hubieran marchado igual. Y no hay más que decir. Y aun para abreviar el relato, bastaría con expresar lo siguiente: Mi vida fue vacía e incolora, como la de cualquier abogado hondureño.⁷

Ese mismo año aparece publicado “El padre Ortega”, en el que subyace la temática del incesto.

El 4 de abril de 1940, Arturo Martínez Galindo regresa a su casa en Trujillo, donde reside desde 1936, luego de dejar a su madre María Galindo en La Ceiba. Viaja en uno de los trenes de la Standard Fruit Company que cubrían el trayecto entre ambos puertos del Atlántico hondureño; mientras se realiza el cambio de trenes a la altura de Sabá, Colón, un supuesto esbirro de Carlos Sanabria —entonces comandante de Armas de Trujillo y hombre de confianza del dictador Tiburcio Carías— lo agrede a machetazos hasta quitarle la vida.

⁷ Cita registrada por el poeta e historiador de la literatura hondureña, José González, disponible en <<http://josegonzalezparedes.blogspot.com/2012/02/arturo-martinez-galindo-testamento.html?m=1>>.

Al mes siguiente, el 24 de mayo de 1940, se publicó por primera vez *Sombra*, en la editorial Calderón de Tegucigalpa. Esa edición póstuma y particularmente el relato que da título al libro se consideran fundamentales en el tránsito de la narrativa hondureña hacia la modernidad literaria y, de paso, refutan de forma contundente el juicio descalificador que el propio Martínez Galindo expresara sobre su vida y su obra.

29 de agosto de 2020, San Pedro Sula, Cortés

S O M B R A

La salita de Solon Perkins tenía unos grandes ventanales desde los cuales podía contemplarse todo el magnífico puente Taft, o puente del Millón de Dólares, como se le conoce más comúnmente, cuyo arco nobilísimo cubre la inmensa barranca donde empieza el parque de Rock Creek. Hacia la derecha se elevaban las imponentes moles de los dos grandes hoteles: el Shoreham y el Wardman Park. El terreno es muy irregular en aquel rincón de la bella capital; la arboleda es muy densa. Aquella tarde de principios de noviembre, todo aparecía envuelto por una luz dorada y purpúrea, que no se sabía si descendía de los cielos o si ascendía de las hojas abrumadas y amarillentas ya por la influencia del otoño. Para gozar de este espectáculo yo me había anticipado a todos los demás amigos. Serían las ocho y las sombras de la noche no llegaban aún. La atmósfera fulgía como una gema en cuyas aguas palpitase la púrpura y el oro.

Perkins me recibió envuelto en su batón antiguo. Se advertía que nos esperaba ya; sobre una mesa había

unas bandejas cubiertas con paños muy blancos, conteniendo posiblemente aceitunas, queso, anchoas, caviar y tostadas; en el centro de la cámara, sobre otra mesilla, se erguía un gran frasco de amplia boca, lleno hasta los bordes de un líquido transparente, y rodeado por una corte de sifones y jarras llenas de jugo de limón y de naranja.

—Mientras me baño —insinuó Perkins—, puedes empezar a beber: ese alcohol es espléndido...

Efectivamente, el frasco estaba lleno de alcohol; era nuestra bebida de los sábados: alcohol, agua Seltzer y jugo de limón o de naranja. A las tres horas de ingerir ese brebaje todos hablábamos a la vez, sobre los tópicos más diversos, en inglés y en español, y nos comprendíamos perfectamente. Pedro, Manuel, Solon, Harry, Gonzalo, Frank..., ¿dónde estaréis cada uno de vosotros? ¿Hacia dónde os habrán arrojado vuestra locura y vuestros sueños? Hispanos de la América febril y sajones de la América atareada que, en largas veladas de comprensión y de cordialidad, unimos el continente nuevo, el continente nuestro, ¿dónde estaréis? A todos os he perdido; todos me habéis perdido. Y vosotras, Rosalmira, Norma, Evelyn, Dorothy, Aurelia, Edna; blondas y morenas, serenas y exaltadas, sangre de puritanos y sangre de conquistadores, a vosotras también os dispersó el huracanado destino...

Aquellas reuniones sabatinas en casa de Perkins, a pesar de su rutina y a pesar de su creciente monotonía, siempre se desenvolvieron en una atmósfera impregnada de espíritu: aún oigo a Perkins recitar tan mal sus bellos poemas; aún contemplo la silueta basta y lírica de Pedro, cuyo parecido a los retratos de Rubén Darío era tan asombroso; aún escucho las canciones de Rosalmira, de Aurelia, de Dorothy; aún aparecen ante mi vista los bocetos de Edna: torsos de gladiadores, torsos de atletas, espaldas de púgiles taurinos... ¡Extraño caso de contradicción espiritual, pues Edna, tan discreta y tan frágil, tenía siempre manchados el cuello y las orejas con el rastro que dejan las bocas femeninas al besar! Y aún conservo algunos poemas de Norma, poemas que ella no recitaba nunca, pero cuyas copias nos metía furtivamente, como bombones, en los bolsillos de nuestros gabanes. Y tú, epidérmica, tonta apasionada y linda Evelyn, que todo lo sufrías sin protestar ni comprender, y te considerabas compensada si alguno de nosotros te pagaba con una caricia lúbrica, cuanto más lúbrica mejor...

En nuestras primeras reuniones, sentíamos todos una especie de exultación clamorosa al discutir sobre pintura, sobre poesía, sobre religión, y aun sobre temas tan inabordables y azarosos como *la felicidad* o como *el futuro de la raza humana*. En esas charlas, empa-

padas siempre de legítimo alcohol, hemos dicho grandes disparates, pero como los dijimos con sincera espontaneidad y sin segunda intención, no creo que nos hayan dejado remordimientos. Mas, cuando nos hubimos conocido ampliamente, la curiosidad ya saciada nos mató el mutuo interés, y yo creo que, durante estas últimas reuniones, si no nos llenábamos todos de aburrimiento, por lo menos todos habíamos perdido el entusiasmo.

Yo me sentía muy triste aquella noche; no era la mía una tristeza incolora, hermana de la fatiga, ni una tristeza comprensible, hija de una desarmonía orgánica o moral; la tristeza mía de aquella noche era una tristeza sin causa, una genuina tristeza, una tristeza fundamental. Yo traté de sacudirla, pues siempre trato de sacudir esa tristeza mía, tan pesada. Al principio apuré muchas copas de alcohol, pero la tristeza se me tornó más torva, mucho más. Después me senté en la alfombra, a los pies de Norma, y le pedí que me contase alguna historia alegre; le pedí también que se riese mucho, y Norma que es ingeniosa, cínica y musical, me relató varias historias regocijadas; y rio toda ella con aquella su risa que le sacudía convulsivamente su vientre plano. Yo me reí mucho también, pero mi tristeza se me quedó allí dentro, mucho más torva, mucha más tristeza. Entonces decidí retirarme:

—Me voy— les dije.

Y me fui.

Al llegar al vestíbulo del apartamento, Rosalmira vino a alcanzarme corriendo.

—Me voy contigo —me dijo—. Son ya las dos; llévame a casa.

La ayudé a ponerse su abrigo de pieles y salimos. El automóvil empezó a rodar. Rosalmira me dijo entonces:

—Tengo hambre; vayamos a comer...

Yo dirigí mi automóvil hacia Las Cavernas de Cristal, un cabaret, porque en Washington, a las dos de la mañana, sólo los cabarets están abiertos. Durante el recorrido, y acaso con el deseo de ser consolado, yo le dije:

—Rosalmira, estoy muy triste...

Pero ella no me dijo nada. Tal vez ella también estaba triste, y no volvimos a cambiar palabras. Además, Rosalmira tenía una reserva de ídolo azteca; durante todo el tiempo que la traté, únicamente una vez la oí desbordarse de entusiasmadas palabras, y fue cuando me relató el nacimiento de su voz: ella no creía en sus facultades para el canto; su voz era gruesa, desagradable, desigual; había intentado dejar sus estudios, pero su profesora, una italiana impulsiva y autoritaria, le había gritado: “¡Tú cantarás!”. Se había dejado imponer la enseñanza, sin fe y sin alegría, durante dos o

tres años, y un día la voz nació, brotó como un manantial puro, espontáneo, perfecto. Cuando me contó esto, se le llenaron los ojos de lágrimas y finalmente acabó sollozando desbordadoramente. No he podido olvidarlo.

Entramos al cabaret. El salón estaba lleno de ruido. La orquesta lanzaba sus melodías despedazadas y estridentes. Mientras el mozo se llevaba nuestra orden, nos fuimos a bailar. Fue entonces cuando la vi por la primera vez. Rosalmira me la mostró con su honda voz de contralto:

—¡Mira esa mujer..., la del traje negro!

Ella pasaba en ese instante cerca de mí: ¡mejor no la hubiera visto nunca! Vi su espalda desnuda, y en la espalda, muy abajo, casi en medio de los riñones, un lunar..., ¡el lunar más lunar que yo he visto! Luego, en un giro del baile, vi sus grandes ojos y sus mejillas pálidas y su boca pálida y, a un lado de la barbilla, otro lunar. Inmediatamente se me llenó la cabeza de ideas absurdas y extrañas; yo mismo era como una persona extraña; era como si me empezase a conocer; se había hecho pedazos mi equilibrio, y mi tristeza, que pocos instantes antes constituía el punto céntrico de mi emoción, se había hecho trizas.

Al sentarnos, aunque un poco lejos, esta mujer que acababa de irrumpir asoladoramente en mi vida quedó

frente a mí. Como para excusar la desnudez de su espalda, su espléndido traje de terciopelo negro subía hasta su cuello, ocultando sus senos conspicuos. Una vez, dos veces, no sé cuántas veces, nuestros ojos se encontraron. El caso era muy grave: no se trataba de aquel saetazo fugaz y hondo que nos infieren tantas desconocidas varonas, con las que tropezamos en la baraúnda de las grandes ciudades, para no volverlas a ver más; mujeres que parecen tener algo familiar, algo nuestro, y a las que vemos desaparecer, convencidos de haberlas perdido para siempre. No, era algo más; algo esencial y fundamental: esa mujer de los lunares estaba atada a mi vida inevitablemente.

Después de comer, Rosalmira me pidió que saliéramos. Salimos. La dejé a la puerta de su casa. Aunque ella vive tan lejos, yo fui y volví en pocos minutos, tal vez una media hora. Pero a Las Cavernas de Cristal no se puede entrar sin compañera, y el portero resistió con heroicidad mi tentativa de soborno.

—Es imposible, señor... Me echarían, señor... Yo bien lo quisiera, señor...

Estacioné mi automóvil frente a la única puerta del cabaret. Entre las tres y las cuatro, salieron muchas parejas; algunas de ellas ebrias; casi todas unidas estrechamente. Asaltaban con desgano los automóviles y se perdían en la calle desierta. A las cuatro y media

salieron los músicos, los empleados, los sirvientes y, a continuación, el portero, el heroico portero insobornable, cerró la puerta.

II

Mi jefe, aquel espléndido señor que hoy sólo vive en el recuerdo de los que lo quisimos, estaba entonces muy enfermo. Hubo necesidad de trasladarlo a Baltimore. Baltimore: gran puerto, gran ciudad, ciudad histórica, llena de fábricas, humosa, atareada. Washington es a Baltimore lo que un señorito es a un obrero; Washington no sería un pobre marco para George Brummell; en Baltimore puede comprenderse a Lenin y hasta dan deseos en ella de cantar *La internacional*. Ambas ciudades son vecinas; las separan cuarenta millas, pero las unen los rápidos trenes y una carretera como sólo las saben construir los yanquis. Cosa de una hora el ir. En Baltimore se venden los mejores mariscos del Atlántico, y tienen un buen hospital: el mejor de América, dicen allá.

Esta ciudad tenía para mí el sagrado prestigio de conservar los restos de Edgar Allan Poe. Ahí en el patio de la iglesita de Westminster duerme el inmenso bardo, y ahí en una de sus calles antiguas, envenenado y delirante, rodó definitivamente como una piltrafa. Bajo su

humilde mausoleo, sus huesos inmóviles encontraron por fin El Dorado, que él buscó inútilmente sobre la tierra inhóspita e indiferente. Y a su lado duerme también Virginia. ¿No recordáis acaso la sombra pálida de la prima tísica que lo amó tanto? ¡Virginia, con quien él tuvo hambre en Filadelfia! ¡Virginia, aterida de frío en Nueva York! A esta pobre niña la mató la vida huraña, la vida acerba, la mala vida de los pobres cantores, que viven derrumbados bajo el peso de las fábricas, en los países donde el ruido atronador de los trenes es la sola canción.

Este año he ido tantas veces a Baltimore y siempre he arrojado diez minutos de mi vida sobre esa tumba ignorada donde el poeta duerme con su Virginia. Una ocasión en que fui con Edna, Dorothy y Manuel, éste, que estaba muy borracho, al no más llegar a la tumba, nuestra tumba, se inclinó a llorar sobre ella desesperadamente. Nos costó trabajo arrancarle de allí, y un policía que se acercó a nosotros, intrigado sin duda por aquellos sollozos en un lugar donde nadie ha sollozado, con un candor y una ignorancia *made in USA*, nos interrogó solícito:

—¿Algún pariente?

Como el gran hospital es tan gran hospital, mi jefe está mejor. Su voz se ha recobrado como su cuerpo; su voz es otra vez la voz del amo:

—Lo espero a usted mañana a mediodía; tráigame los legajos que están en mi escritorio y el memorándum que quedó a medio hacer.

A las dos de la tarde del siguiente día estoy llegando a Baltimore. Hago maquinalmente el recorrido: Washington *boulevard* hasta la calle Greene; la calle Greene hasta Fayette: aquí la tumba; sobre Fayette, en el tráfico denso del gran comercio, hasta llegar a Broadway, y luego sobre Broadway, tres cuadras más hacia la izquierda, el hospital.

Pero esta vez no ha sido todo tan sencillo; en cierta esquina me detuvo la luz roja del tráfico; la densa masa de viandantes empezó a cruzar transversalmente la calle, y frente a mí, rozando casi el radiador del automóvil, otra vez en traje negro y toda pálida y toda milagrosa, la vi por la segunda vez...

Mis ojos saltaron y se hundieron en ella como arpones, y mi anhelo, tal en un abordaje, saltó también sobre ella; la vi cruzar la calle, la vi subir la acera, la vi...

Me sacó de mi éxtasis el ruido de los *claxons*; el gendarme me lanzó una mirada de enemigo y una expresión que no puede repetirse: la vía estaba franca y yo obstaculizaba el tráfico. Me puse en movimiento poseído de una alegría trepidante; nada me importaba ya; yo sabía dónde estaba; yo la había visto entrar en la tienda de la esquina; abandoné mi automóvil

en el primer espacio libre que encontré y corrí al almacén. El corazón me daba golpes en el pecho. Con una precipitación angustiosa yo anticipaba la escena inevitable:

—Claudio Margal: mi nombre.

Sombrero en mano, mis ojos en sus ojos para que ella leyese en ellos su destino.

Y entonces:

—¿Eugenia? ¿Isabel? ¿Cristina?

Como las reinas. O acaso:

—¡Beatriz! ¡Ofelia! ¡Margarita!

Como en las grandes obras.

Recorrí el primer piso.

Y luego le diría..., le diría que la he estado buscando hace cien años; me nacerían unas ideas parecidas a las orquídeas; pero perfumadas como las lilas o las rosas; y entonces yo se las mostraría inmediatamente y le diría que...

Recorrí el segundo piso; y el tercero y el cuarto y todos los rincones del cósmico almacén: escaleras, elevadores, bandas movibles, y mis miradas que se desmenuzaban en su busca. En el octavo piso se me cayó el sombrero y una señora le puso el pie; no me dio excusas porque yo no le di tiempo; si me da excusas me hace perder medio minuto.

—¡No tenga usted cuidado! —le dije.

Pero ella no me oyó porque cuando se lo dije yo ya estaba en el séptimo.

Una empleada del departamento de perfumes, no sé por qué, me pareció que podría estar al tanto de mi caso, que podría conocerla. Fue no más cosa de preguntarle:

—¿La ha visto usted?

Y antes de que me respondiese, que nunca me respondió, yo comprendí que no podría saber y me alejé de ella.

Muy cerca de las siete de la noche, un celador me dijo que se cerraba el almacén. Salí desencantado y agotado. En mi automóvil encontré una citación para comparecer a la corte del tráfico; había dejado mi vehículo en un sitio prohibido.

—La multa, 15 dólares —me dijo el juez al día siguiente— por ser la primera vez.

Yo, que pensaba en ella, murmuré:

—Es la segunda vez, señor.

III

Serían tal vez las once de la noche, cuando salí del Constitution Hall. Los vientos de noviembre habían terminado de desnudar los árboles. Sentí frío. Instintivamente levanté el cuello de mi abrigo, pero no me decidí a moverme del andén. La multitud hacía comentarios en voz alta, mientras esperaba los automóviles.

Acabábamos de oír el primer concierto de la orquesta sinfónica de Filadelfia, y siempre que Stokowski viene a Washington, hay noche de gala. El programa, para la sorpresa de los aficionados, había sido exclusivamente clásico. Lo más moderno del programa fue Beethoven, y el gran patriarca del pentagrama, el muy ilustre y armonioso don Johann Sebastian Bach, llenó casi toda la noche.

El auditorio recibió la marejada sinfónica con cierto estupor. Yo creo que el alma moderna, y muy especialmente el alma de los yanquis, es impermeable a los clásicos. Pero Stokowski ya es distinto; Stokowski vive en Filadelfia; Stokowski, con todo y su nombre

eslavo, es un valor yanqui; y su grupo glorioso es una fuerza que suma intensidad al poderío de esos amables niños enriquecidos. Para los yanquis, Stokowski es una institución nacional, como la Cruz Roja, como el Ejército o como el gangsterismo. Y para el extranjero que visita este país, Stokowski y su gran orquesta son algo que hay que oír y que hay que ver para no olvidarles ya jamás. Las caídas del Niágara pueden ser más imponentes, pero no más complejas ni perfectas, porque la sinfónica, más que un grupo artístico, es una voz de la naturaleza.

El alma candorosa de los niños todavía se estremece al pensar en los tiempos del Viejo Testamento, cuando Dios bajaba entre truenos y rayos para hablar a los hombres. En esa edad todos quisiéramos quitarnos la sandalia frente a la zarza ardiente o ascender al Sinaí para recoger los mandamientos. Pero, en estos tiempos, no podemos ver los milagros o no queremos verlos. Aquella noche de noviembre, cuando tenía frente a mí la sombra esbelta de Stokowski, cuya cabeza de un rubio ceniciento remedaba la lámpara de Aladino, y cuyas manos y brazos ondulaban olímpicamente como si de ellos brotase el melódico acontecimiento, brazos elásticos y manos alargadas y prodigiosas que no necesitaban de la batuta para conducir ni para crear, mi vanidoso escepticismo se derritió

como una vela miserable, y evoqué la zarza ardiente y aquel sagrado monte, porque me estaba hablando Dios.

Ya casi toda la muchedumbre se había dispersado, cuando salió Pedro Rivero. Venían con él Florence y Bessie. Por todo saludo me cubrieron con un coro de exclamaciones.

—¡Espléndido!

—¡Soberbio!

—¡Único!

Se referían al concierto. Yo les saludé en igual forma:

—¡Único, soberbio, espléndido!

Al acomodarnos en el taxímetro, Bessie ordenó al chofer:

—¡Shoreham Hotel!

El apartamento de Bessie, grande, dorado y frío, parecía un crisantemo. El crisantemo es sólo un esponjamiento de pétalos, no es una flor. Así esta salita endomingada de tapices y de cojines. Pero los *cocktails* de Bessie son perfectos; ella misma los mezcla y ella es quien los sacude. Yo me ofrezco a auxiliarla:

—¡Déjeme hacerlo, por favor!

Ella da saltitos como una chiquilla caprichosa y se niega:

—Si sólo yo los sé agitar...

Y se ríe con todo el cuerpo y me enseña todos los dientes, aún bellos y juveniles, que es lo único que le ha dejado el tiempo. Bessie tiene ya cincuenta años, tal vez más; su melena, ¡gloriosa su melena!, está ya gris. Y sus manos deben haber acariciado mucho, porque se han marchitado como las gardenias que se mueren en las solapas o como las orquídeas que agonizan en los corpiños. Florence es aún más vieja y tiene una vejez aparatosa e innoble; se ríe también con todos los dientes, pero sus dientes son grandes y feos. Hoy está llena de perlas como un escaparate de joyería. Me habla todavía de sus citas y de las llamadas telefónicas que le da diariamente un amante celoso; un irresistible amante, exaltado varón, a quien ella no vacilará en sacrificar por mí. Pero son grandes damas. Tienen una larga historia, varias largas historias: divorcios, adulterios, viudeces y qué sé yo.

Deben haber llorado mucho y deben haber reído mucho; las emociones las crucificaron en la vida, las exprimieron, les mostraron su trote y su vaivén, hasta dejarlas en lo que eran ahora: dos pobres viejas frívolas. Se están bebiendo las heces de la vida, pero se las están bebiendo a sorbos. Cuando hace varios meses, Pedro me llevó a visitarlas por la primera vez, al notar mi desencanto por la edad de ellas, me expresó con gran sinceridad:

—¡Grandes mujeres, chico, grandes mujeres! Tal vez su piel no esté ya elástica, pero tienen todavía su hoguerita interior...

Después de cinco o seis *cocktails*, Pedro ha empezado a hablar de Debussy.

—La música de Debussy es el más bello de todos los silencios.

Cojo al vuelo esa frase y no la puedo comprender. Bessie está bailando sola una de esas danzas acrobáticas de Norteamérica; una de esas danzas que tienen mucho de Esparta y mucho de circo; una de esas danzas que la dejarán exhausta, con palpitaciones arrítmicas en el corazón y que no la dejarán dormir el resto de la noche. ¡Pobre Bessie! Florence es más discreta; se recuesta en mi hombro y me mira con desmayo con sus grandes, claros y absurdos ojos.

A las tres de la mañana bebemos *whisky*. Pedro y Bessie han desaparecido; Florence está borracha; tiene una borrachera reminiscente:

—Era tan bella... —suspira.

Me habla de alguien a quien ha perdido; de alguien a quien dejó atrás enredada en la vieja madeja de sus años náufragos; tal vez alguna hija... Lloro. Su llanto es fresco y juvenil. Me gustaría oírla llorar todo el amanecer, muchos amaneceres. En cuanto acabe de llorar yo tengo que rogarle.

—Florence, hazme el favor de seguir llorando...

Pero, de pronto, en su relato hay algo que me atrae más que su llanto.

—¡Era tan bella! —prosigue—. Me enloquecían sus espaldas y su vientre tan tierno...

Indudablemente que no hablaba de una hija.

—...y tenía un lunar...

Me puse en pie de un salto, la sacudí por los hombros y le pregunté casi gritando:

—¿Dónde tenía ese lunar?

—¡Lo tenía en la espalda!

—¿Y el otro, el otro, el otro?

—Lo tenía en el vientre...

No hablaba de ella, de la mía, de la pálida mujer que estaba trepando mi vida. Florence estaba muy sorprendida; siguió llorando y yo lloré también...

Estábamos muy borrachos.

IV

Como yo tengo mi propia terapéutica, después de nuestra velada en el apartamento de Bessie, decidí aplicarme un tratamiento de soledad y de sombra; me quedaría una semana entera encerrado en mi apartamento. Corrí todas las cortinas y aseguré todas las maderas para hacerme una noche ininterrumpida de siete días; llamé a la oficina para decir que estaría ausente de la ciudad; ordené a la telefonista del hotel que detuviese todas las llamadas; tomé todas las precauciones; no olvidé ningún detalle: estas curas de soledad y de sombra son mucho más beneficiosas para mis nervios exasperados que las curas de aire libre y de sol.

Mientras tomaba un napoleónico baño caliente, mi ánimo se levantaba por momentos como en una resurrección. Me erguí fortalecido por la vigorosa fe e increpé a mi amada desconocida: le dije frases despectivas y humillantes, la traté como a una mujerzuela, me negué a reconocerle su derecho a la vida: —No eres más que un pobre fantasma; no vales más que una pobre idea, que una miserable obsesión. Ya no te amo y hasta creo

que no te he amado nunca. Te desprecio. Has hecho vibrar mi inquietud, no porque valgas algo sino por un descuido mío. Te hundiré en el arca donde reposan mis cosas olvidadas y te comerá la polilla. O te clavaré como a una mariposa oscura en el muro de mi desdén, y tus alas de terciopelo maldito ya no poblarán de vuelos nefandos mis noches. Me río de tus lunares y de tu palidez. Ahora mismo ya no estoy seguro de haberte visto antes y acaso no te haya visto jamás. ¿Lo ves? Ni siquiera me has dado la certidumbre de que existes...

Indudablemente que la cura empezaba a operar el prodigio. Me sentía poseído de una alegría piafante y, en tanto que me arreglaba para meterme en la cama, me puse a cantar una canción, una vieja canción que cantan las gentes de mi país.

Dormí muy largas horas. Llamé al botones número 17, un mulato de Richmond, quien me había ganado la voluntad por su apellido. Se llamaba Joe Washington. Y me causaba una sensación hispanoamericana maligna el darle mis órdenes: “¡Washington, haz que me lustren los zapatos!”, “¡Washington, prepárame un *highball!*”, “¡Washington, tráeme cigarrillos!”, “¡Washington, quédate con la vuelta!”, “¡Washington, retírate!”.

Me traje el desayuno, sonriente y servicial como un prócer. Tan pronto como arregló la bandeja, corrió

lleno de solicitudes para correr los cortinajes, murmurando:

—¡Lindo día, señor!

Yo le grité:

—Washington, no toques las cortinas...

Durante los dos o tres primeros días de mi cura de soledad, logré obtener la inefable sensación de aislamiento y de olvido; el reloj de la chimenea y mi reloj de bolsillo se habían parado, el uno a las cinco y diez minutos, el otro a las doce y treinta y cuatro. ¿Del día o de la noche? No me importaba: yo estaba viviendo mi larga y bella noche tranquila.

Pero, poco después de aquella calma ingente, vino a mí la reacción. El fantasma tornó a cobrar alientos: su palidez, sus ojos, sus lunares, sus hombros, sus manos. ¿Dónde estaba ahora? ¿Cuál era su nombre? ¿Cómo vivía? ¿Con quién vivía? ¿Quién era ella? Y mil y mil preguntas en que se despedazaba mi ignorancia y mi pasión impotentes; mil y mil preguntas que rebotaban desesperadamente en los murallones ásperos del misterio.

Al quinto día, calculo que sería al quinto día, perdí totalmente el sueño; los baños napoleónicos no calmaban mi angustia; ya no me atrevía a abandonar el lecho y por momentos me parecía que una ola de fuego invadía mis hombros y me daba martillazos en las sienas. Y luego, como rapazuelos curiosos que atisbaban a tra-

vés de las ventanas de mi vida, vi desenvolverse ante mi fiebre el ejército de los fantasmas: la primera fue Amalia, la prima rubia, dorada niña milagrosa, amor de impubertad, tierno, sencillo, casto; pétalos de una rosa desecados y emparedados en un capítulo de la sintaxis de una gramática olvidada; una violeta que se quedó pegada como calcomanía sobre las barbas del patriarcal Jehová de mi historia sagrada. Y Ofelia y María Marta, novias de la adolescencia, grandes ojos negros, blandos ojos claros, cartas y lágrimas, el primer juramento quebrantado, la primera promesa sin cumplir: sueños..., noches de Luna... Y la Nati, la indezuela pulposa que me enseñó la sinonimia dolorosa del amor y la carne: ¡ayer el enjambre de mis pecados en sus muslos, y hoy mis deseos escarbando su prematura tumba! Y después... Después, la locura, la fiebre, el desbordamiento, la tormenta de los sentidos, el trote irregular de los instintos encabritados: Juanita, de dientes filosos y largas piernas estranguladoras; Inés, de vientre sísmico, perversa y maternal; Marina la adúltera, cuyos senos no le alzaron nunca el corpiño y que parecía un efebo despreocupado y cínico, repintándose de rojo las violetas pardas de sus pezones; y aquella Julia, nocturnal y exigente, encontrada en una travesía de mar: amor de siete días, amor de puerto a puerto, amor de vaivén y de espumas; y todo el rebaño de hembras apenas gustadas, que me

enseñaron la desesperante diferencia entre la carne y el amor; fantasmas borrosos; nombres sin rostro como los fotograbados de los malos periódicos; rostros sin nombre como ciertos cuadros de los museos; los fantasmas que se llevaron en sus manos tibias o en sus bocas ávidas pedazos de nuestras horas, girones de nuestra angustia, hilachas de nuestro deseo saciado e insaciable siempre; fantasmas que desfilan en las noches de fiebre; fantasmas buenos y fantasmas malos: ¡uno de ellos lleva mi nombre en el vientre nostálgico y en los senos cansados! ¡Fantasmas tristes, rebaño oscuro, pretérito dolor inolvidable!

Pero, por sobre todos esos fantasmas, impuso su palidez y sus lunares el fantasma que no ha sido realidad: la sombra desconocida, mi sombra mía, actual y tremenda...

El médico del hotel estaba tomándome el pulso y me miraba con extrañeza; las cortinas estaban corridas, y a través de los cristales del amplio ventanal se colaba la noche lunar que producía reflejos azulinos en las ramas negras de los árboles, manchadas de nieve endu-recida. El botones número 17, siempre solícito y servicial, explicaba al galeno que yo no había comido hacía tres días, pero que no se trataba de una borrachera. Los médicos de Washington creen que todos los hispano-americanos residentes allá pertenecen al servicio di-

plomático, y que todos los diplomáticos ven diablos azules.

Conocía ya a aquel viejo galeno y le había escuchado muchas veces su invariable consejo de septuagenario:

—No debe hacerse todo a un tiempo: hay una hora para cada pecado y hay que poner cada pecado en su hora...

Sin incorporarme en el lecho, le di la espalda y lo dejé hablar.

V

Era el último sábado del año. La ciudad estaba toda blanca; había nevado inconteniblemente durante las últimas dieciocho horas; desde las ventanas del apartamento de Perkins, a través de los cristales empañados, podían verse los árboles, la calzada, los hoteles, los campos de grama totalmente envueltos por una blancura fría y solemne. Los amigos tardaban en llegar; algunos habían enviado excusas y no llegarían; el inútil entusiasmo de fin de año los había contagiado; faltaban no más 48 horas para que alborease un nuevo año.

Cuando yo llegué, Perkins estaba ya borracho, con su borrachera protocolar silenciosa y pesada; Norma, su amante, parecía preocupada y no quería hablar. Algún día Norma se cansará de ser la amante del poeta y dejará de ser la amante de un hombre, de un hombre con menos alcohol y con menos literatura. Manuel vino, apuró algunas copas, habló poco, ni siquiera se quitó el abrigo y se marchó luego. A las diez quedamos solamente cuatro:

Perkins y Norma, la contradictoria Edna y yo. Edna me llamó aparte y me dijo:

—Esto ya se acabó. Norma debe querer poner en cama a su poeta. ¡Vayámonos!

Nos despedimos. Ya en la calle, Edna continuó timoneando mi voluntad:

—Llévame a la calzada del Potomac. ¡La noche está muy bella!

Cruzamos el puente Taft, rumbo a la calzada del Potomac. Yo quise bordar una ironía:

—¡Muy bella noche: tres grados bajo cero, un cielo negro, un viento tajante...!

—Para mí es bellísima —replicó Edna—. Es la noche absoluta, perfecta, definida. La noche debe ser fría, desollada, polar. Las noches de Luna son noches adúlteras. La noche debe ser la negación total de la luz, la negación total del calor.

Cruzamos frente a la antipática mole gris del Departamento de Estado; frente a la frívola y equívoca fábrica de la Unión Panamericana; frente al significativo edificio de la Marina. Empezaba el parque. En medio de la tierra blanca y del cielo impenetrable, el monumento a Lincoln instalaba su delicada silueta de templo helénico; el puente de Arlington prolongaba la blancura y el helenismo hacia las riberas de Virginia. Íbamos ya por las orillas del Potomac, desoladas bajo la

noche intensa; a lo lejos se prolongaban los focos de la calzada, copiándose en las aguas inmóviles; los cerezos japoneses, a nuestra izquierda, multiplicaban la desnudez de sus ramas.

Yo empecé a sentir el encanto de la noche perfecta, de la noche-noche. Una onda de ternura me arañaba dulcemente el pecho, y el hombro de Edna, que descansaba gratamente sobre mi hombro, ayudaba a calentar la marmita donde suelo poner en ebullición mis confidencias. Suavemente detuve mi automóvil, interrumpí el motor y apagué las farolas. Edna, en su éxtasis como si estuviera viviendo dentro del corazón mismo de su noche perfecta, no me dijo nada ni cambió de postura. Yo inicié entonces mi confianza y me volqué en su corazón, sin violencias; le hablé como un niño que hablara a su madre; como un niño cansado que no pudo coger mariposas en los jardines; le detallé mi caso, mi pasión, mi grande amor; pormenoriqué mis angustias por la amada inalcanzable; le pinté el tormento inquisitorial que me hacía sufrir la busca de aquella mujer, la única mujer, mi mujer, la deseada, la esperada, la hembra innominada e irreal. ¿Dónde viviría? ¿En Washington? ¿En Baltimore? ¿Acaso era ya ajena? ¿Acaso ella me esperaba también?

Por una hora vertí todo mi haber emocional, todo mi tesoro sentimental, toda mi fiebre instintiva, toda mi

vibración íntima, todo mi anhelo, mi sueño todo. Todo lo vertí en aquella hora perfecta, dentro del misterio de aquella noche tan noche, con una sed inenarrable de ser consolado.

Edna se irguió lentamente; lentamente me volvió su rostro comprensivo, y yo me di cuenta de que la palabra balsámica iba por fin a cubrir la crueldad de mi llaga. Me clavó sus ojos tranquilos y me preguntó:

—Y, ¿no le has puesto nombre aún?

Y como yo no comprendiera lo que quiso decir, continuó:

—El fondo no es original; ya otros abordaron ese tema; ya se conoce. Pero su forma es nueva, tiene calor, me gusta. Yo creo que debes publicarla, porque la forma es lo esencial.

Sentí deseos de estrangularla.

—Pero ¿no te das cuenta de mi dolor? —le dije casi gritando—. ¿No comprendes que no es literatura, sino vida? ¿No ves que me ha llegado el grande amor, el amor perdurable, la pasión ingente que trenza los instintos a las cosas espirituales? ¿No comprendes que el encuentro de esa mujer es una necesidad fundamental para mi vida toda?

Hubo un corto silencio antes de que ella volviese a hablar. Se había recostado nuevamente sobre mi hombro. Sus ojos parecían inmovilizarse sobre el

cristal del río inmóvil. En sus labios parecía flotar una sonrisa.

—¡Arquitecturas cerebrales! —exclamó casi con repugnancia—. En nosotros todo se ha reducido a eso: a arquitecturas cerebrales. Hemos desnaturalizado lo natural. Nos hemos desnaturalizado nosotros mismos. ¿Qué tienen que ver la pasión y el instinto con nuestra manera de amar? Pertenece a una casta artificial, desconectada de lo humano, desconectada de lo permanente, desconectada de la especie. Somos haces de nervios fatigados y enfermos. ¿Cómo podría la naturaleza encontrar en mí una madre? ¿Cómo podría encontrar en ti un padre, el macho protector de la hembra y la prole? Encontrarías tú a esa mujer únicamente para convencerme de que no era ella la mujer que buscabas, porque no existe esa mujer, como no existe ya ese hombre para nosotras. Aman los campesinos; tienen instintos los obreros; la especie aún confía sus mandatos a los comerciantes, pero no podría confiar sus mandatos a los que nos hemos desertado de la naturaleza. Se ha formado ya un mundo irreal, el mundo nuestro, contrapuesto al mundo real. Y lo que llamamos nuestros instintos, nuestras pasiones y nuestra humanidad, no son más que remedos de instintos, remedos de pasiones, remedos de humanidad. Todo es artificial en nuestra vida: vivimos en un plano

de indiferencia moral: somos estériles, física y moralmente estériles, o mereceríamos serlo. Pero tengamos al menos el valor de reconocer la inutilidad de nuestra inútil función en el mundo...

A medida que Edna hablaba, sus palabras adquirían en mis oídos la insistente crueldad de un inclemente trépano. No quise o no pude decirle nada. Encendí las farolas del automóvil, puse a andar el motor y seguí dándole la vuelta a la calzada para regresar a la ciudad. Crujía la nieve bajo la goma de las ruedas. Por un claro de los árboles vi la silueta imponente del monumento a Washington, padre de la inmensa nación; el obelisco, iluminado desde abajo por los poderosos reflectores, alzándose en la noche negra, parecía la imagen de un *ku klux klan*, y sus ventanillas semejaban dos ojos insomnes que velasen sobre la conciencia de Yanqui-landia.

Al llegar a la puerta, Edna, con el más insinuante de sus gestos, poniendo su suave mano enguantada sobre mi hombro, me invitó:

—Entra conmigo. Todavía es muy temprano. Te prepararé una taza de café.

Acepté y entramos. Edna se despojó de su abrigo y fue a buscar el *percolator*.

Sobre la chimenea había un marco de ébano desde donde sonreía el teniente Parkhurst, muerto en la

Guerra Mundial. El teniente Parkhurst, al morir, dejó una viuda, Edna; una hija, Didine, y una pensión. Retiré mis ojos con disgusto de aquel cuadro, porque la sonrisa del teniente siempre me fue desagradable.

Edna se arrellanó a mi lado, en el diván amplísimo; se rodeó de cojines y encendió el cigarrillo que le ofrecí.

Nuestra conversación se hacía difícil. Algo se había interpuesto entre nosotros. Edna comprendía que me había disgustado su comentario, pero no parecía arrepentida de haberme dicho lo que pensaba. De pronto, se abrió sin ruido una puerta del fondo y Didine apareció en el umbral. Vestía unos pijamas de un azul oscuro, casi negro. Su melena rubia revuelta y sus ojos adormilados le daban doble encanto. Al pasar junto a mí me extendió una mano y fue a recostarse sobre el regazo maternal. Sus quince años de niña atlética, sana, recién núbil, resaltaban turbadores bajo la seda pesada de los pijamas. Edna le rodeó los hombros con su brazo y empezó a reprocharle cariñosamente:

—¿Cómo te quedas tan tarde sin dormir? ¡Mi nena, mi nena dulce!

Didine se dejaba acariciar como una gata familiar. Luego levantó el rostro encendido hacia su madre, arqueó los senos menudos, y le ofreció la boca: se la ofreció entreabierta, rendida, total. Edna vaciló un instante

como turbada por mi presencia, pero, enseguida, con una avidez incalificable, la besó, la besó...

Recogí mi sombrero y mi abrigo, y salí sin volver la cabeza.

VI

Cuando salí de Washington, los árboles estaban cubriéndose nuevamente de hojas. En algunos jardines los tulipanes formaban círculos y estrellas en los campos cubiertos de grama tierna. La primavera ponía su dedo mágico en todas las cosas.

Pero las circunstancias que rodearon mi partida hicieron de ésta un acontecimiento para mí muy penoso. Abandonaba la bella capital dejando en ella todas las posibilidades de encontrar a mi desconocida. Me llevaba mi esperanza hecha andrajos, mi anhelo en piltrafas, mis sueños despedazados. ¡Cuánto había ansiado yo mi traslado a Europa! ¡Cómo me habían parecido ignominiosamente lentos los meses y los años que transcurrieron sin que llegase mi hora de salvar el Atlántico! Y ahora que el momento había llegado, todo mi afán era permanecer en esta América donde vivía la mujer inalcanzada y sin nombre.

Mis últimas semanas en Washington habían sido de una dolorosa inquietud; todas mis horas libres las dediqué a su busca; todos los días renovaba mi andanza

inútil; todos los días visitaba los lugares donde ella podría estar y aún aquéllos donde me parecía imposible que ella estuviese nunca. Me recogía a mi apartamento agotado, anonadado, desencantado, pero vencido no. ¡Ah, invierno tan largo y tan cruel!

Desde que Edna acogió mis confidencias con su crueldad y su cinismo, mi dolor y mi angustia se centuplicaron porque no podía compartirlos con nadie. Mi espíritu se recogió en sí mismo, y no me sentía dispuesto a permitir que mis amigos profanasen con su frivolidad o su irrespeto aquello que para mí era sagrado entre lo sagrado.

Aquella noche, al llegar a Nueva York, me fui directamente al hotel y ya no salí más. Me sentía como el jugador que ha perdido en un solo albur toda su fortuna o como el coleccionista de objetos de arte a quien se le ha caído de las manos una porcelana inapreciable y se le ha hecho añicos a sus pies. ¡Era lo irremediable! Me parecía encontrarme fuera del tiempo y fuera de la realidad.

Al día siguiente y como el vapor no zarparía sino hasta las dos de la tarde, quise aprovechar la mañana visitando el museo Metropolitano. No me atraía el museo en lo general, sino una obra sola. Su contemplación sería como una anticipación de la Europa que yo tenía en mi cabeza: no la Europa rapaz de los musso-

linis; no la Europa brutal de los colonizadores; no la Europa calculadora y comercial de los buscadores de mercados, pero sí la Europa luminosa de los pensadores y de los artistas.

Crucé las amplias salas de la prodigiosa institución; tenía que hacer un esfuerzo para no detenerme ante los maravillosos tesoros que allí se guardan; *La mano de Dios* de Rodin, fue lo único que me robó un cuarto de hora intenso... Y por fin encontré lo que buscaba: el *Sallero* de Benvenuto Cellini... ¡En aquella joya milagrosa empezaba mi Europa!

El trabajo es un delicado capricho en oro y esmalte; le sirve de soporte una tortuga de unas cuatro pulgadas de longitud, cuya concha está esmaltada a cuadros negros; exactamente sobre esa concha hay un dragón, más bien en actitud de agresión que de vuelo: sus alas levantadas, las garras abiertas, roja su lengua que brota como una llama de las fauces diabólicas, la cola retorcida en un anillo como de serpiente; el esmalte de la cola es color de cantárida; descansando directamente sobre las alas y sobre la cola del dragón hay una valva de ostra, de oro macizo, sin esmaltes, con su concavidad hacia arriba; y en el pegue de la valva se yergue una inefable esfinge, tocada su cabeza con un turbante egipcio, franjeado de vivísimos colores entre los que predomina aquel azul faraónico, que tiene mucho de añil y mucho

de violado; el pezón de los diminutos senos es prominente, y en las ancas de leona y en las garras el color de cantárida torna a imponer su fiebre...

Mis ojos se agrandaban ante aquella creación del genio perdurable. ¿Dónde la concebiría el impetuoso artista? ¿Fue en la Roma de Julio II? ¿Fue acaso en la Florencia milagrosa del Magnífico? ¿Sería en la corte de aquel Valois que no perdió el honor? Benvenuto debió concebirla y realizarla entre un beso y una puñalada, porque fue entre crímenes y amores que se impuso al mundo el signo viperino y aquilino de aquel genio.

Dos horas largas mis ojos se concentraron infatigados sobre el prodigio y paulatinamente alzó y tomó formas en mi espíritu su recio simbolismo: Benvenuto nos legó en esa joya su concepto de la vida, un concepto que ha venido flotando sobre los espíritus superiores, desde el principio de los tiempos, que pasa rozando las frentes iluminadas y que se perderá en las brumas de los siglos futuros: la tortuga representa el paso lento de la vida del hombre, la tardía seguridad de las cosas reales, sobre la cual, el dragón es la fiebre, la inspiración, las fábulas del espíritu, la filosofía, el arte, los divinos engaños con que pretendemos ponerle alas a la tremenda lentitud inevitable... Y la valva de oro sólido es el recipiente donde ponemos nuestra sal, nuestra

elección, la sal que es a la vez el signo de la maldición y la purificación; coronado todo por la esfinge, por el silencio inmutable, por la respuesta que no se nos da nunca, por el velo impenetrable que no podremos desgarrar...

Las horas apremiaban y salí del museo. Un taxímetro me transportó hasta los muelles del río; como mi equipaje había sido enviado ya desde el hotel, me deslicé entre la inmensa muchedumbre que llenaba el embarcadero; la muchedumbre de los que se alejaban y los que se quedaban; nudos que se desataban llorando, como en el nacimiento de los hombres o como en la agonía de los hombres.

Mas para mí no tenía significado todo aquello; mi verdadera partida había ocurrido en Washington; aquí nadie vendría a decirme adiós y nadie me esperaría al final de mi viaje. Llené maquinalmente las pequeñas formalidades y me hice conducir hasta mi camarote, pero, como me oprimía el pecho una emoción que no podía definir, decidí presenciar la faena del desatraco. Estaban soltando ya las amarras; el inmenso transatlántico empezaba a despegar; los remolcadores le ayudaban como niños que conducen a un ciego de la mano; el gigante del mar, el dominador de las tempestades, no podía moverse en las aguas estrechas... Ya el barco estaba girando sobre su eje, ya desatracaba, estaba libre

ya. Sus movimientos eran lentos pero seguros. Cientos de pañuelos agitaban el aire desde los puentes y desde el muelle. En diferentes lenguas cientos de voces se mezclaban trenzando ese rumor inconfundible de las despedidas de los grandes vapores. Iban y venían las palabras; algunas frases no llegaban ya y otras llegaban mutiladas como los clásicos mármoles. Pero, en cambio, llegaban los ojos húmedos y llegaba el signo blando de las manos.

De pronto..., de pronto, entre la inmensa muchedumbre que se amontonaba en el muelle, la vi por última vez. Sus ojos estaban agrandados por el magno cristal de las lágrimas, y en sus manos un pañuelo menudo se agitaba desconsoladamente..., ¿para quién?

Sin fuerzas para soñar ni para desear, derrotado al fin, empecé yo también a agitar mi pañuelo, pero mis ojos se quedaron secos, como mi boca y como mi vida.

¡Era un fantasma! ¡Fue no más una sombra!

Me sentí solo, tenebrosamente solo. Todas las sombras de mi vida me arañaban el corazón.

Todos somos sombras: Pedro, Manuel, Aurelia, Rosalmira...

...y tú, la Inalcanzada, y yo, Claudio Margal...

1932

NOTICIA DEL TEXTO

Sombra (Tegucigalpa, Imprenta Calderón, 1940) se publicó un mes después del asesinato de Arturo Martínez Galindo. En principio, se catalogó como cuento; es la primera de doce narraciones y dio título a toda la compilación. La presente edición se basa en aquella versión póstuma.

Años más tarde, Pompeyo del Valle (1929-2018), ahijado del escritor hondureño, recogió esta novela corta junto con dos relatos en *Cuentos metropolitanos* (Tegucigalpa, Secretaría de Turismo y Cultura, 1983), tercera entrega de la colección Narradores de Honduras. La segunda edición de este título se imprimió en 1995 (Tegucigalpa, Secretaría de Cultura y Las Artes), en el volumen 6 de la colección Biblioteca Básica de Cultura Hondureña.

En 1996, el poeta Óscar Acosta (1933-2014) publicó los *Cuentos completos* de Martínez Galindo (Tegucigalpa, Iberoamericana), obra que incluyó la recopilación de 1940 y seis historias inéditas rescatadas en 1958 por Benaton Martínez, hijo de nuestro autor.

La edición más reciente de *Sombra* la preparó Ramiro Colindres Ortega (1976), como parte de la antología *11 cuentos selectos de Honduras y el mundo* (Tegucigalpa, Graficentro Editores, 2000).

ARTURO MARTÍNEZ GALINDO
TRAZO BIOGRÁFICO

Arturo Martínez Galindo nació en Tegucigalpa, Honduras, el 3 de septiembre de 1900. Fue hijo de María Galindo y del general Pilar M. Martínez, quien murió en la Batalla de Namasigüe en 1907, cuando Arturo tenía siete años. Estudió la licenciatura en derecho, en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional de Honduras.

Su trayectoria narrativa inició en *Claridad*, revista que fundó en 1923; después, colaboró en la revista *Lux*, el *Boletín de la Escuela Normal de Varones* y *Ariel* (1925), quincenario que fundó y dirigió junto con el escritor y editor Froylán Turcios (1874-1943).

En 1925, se estableció en Tegucigalpa el Grupo Renovación —que un año más tarde publicaría el semanario del mismo nombre—, asociación literaria conformada, entre otros, por Federico Peck Hernández (1904-1929) y Arturo Martínez Galindo. A juicio del crítico Manuel Salinas Paguada, la cofradía tuvo una injerencia fundamental en la concepción del género cuentístico en Honduras, ya que desarrolló su creación

literaria desde dos vertientes principales: el criollismo y el cosmopolitismo. En ésta destaca la obra de nuestro autor.

Debido a diferencias políticas, el presidente hondureño Miguel Paz Barahona (1863-1937) ordenó la clausura del semanario *Renovación* y Martínez Galindo fue encarcelado, aunque salió libre en poco tiempo. En marzo de 1928 partió a Nueva Orleans, Estados Unidos, en un exilio voluntario. En esa ciudad fundó, en compañía de Guillermo Bustillo Reina (1898-1964), la revista *El Continente*, de la cual sólo se publicaron tres números, y contrajo matrimonio con Luisa Bennaton, el 30 de septiembre de 1929.

En 1930, Martínez regresó a Honduras y fue nombrado secretario de la Universidad Central, donde impartió algunas clases; en 1933, dirigió el diario *El Ciudadano*; más tarde el escritor hondureño asumió el cargo de director del periódico *El Norte* (fundado por Vidal Mejía en 1934) y publicó crónicas y versos con los seudónimos Julio Sol y Armando Imperio. En años siguientes dio a conocer, en publicaciones periódicas como el *Diario Comercial*, los poemas “Canto a Trujillo”, “El jardín de La Concordia”, “Tu aritmética”, “Desencanto”, entre otros.

Para 1936, se mudó a la ciudad de Trujillo. Aquí fue asesinado el 4 de abril de 1940, en el pueblo de Sabá, departamento de Colón, a la edad de cuarenta años.

Nery Alexis Gaytán, en su estudio *Origen del cuento en Honduras. Su definición y consolidación por el Grupo Literario Renovación*, dedica un amplio espacio a la figura de Arturo Martínez Galindo, desde la confección de su narrativa hasta su importancia dentro de la agrupación. Disponible en <<https://bit.ly/30QdYcP>>.

NOVELAS en la FRONTERA

Gustavo Jiménez Aguirre, director

CONSEJO ASESOR

Sarah Aponte, The City College of New York

Maricruz Castro Ricalde, Tecnológico de Monterrey, Toluca

José Ricardo Chaves, IIFL, UNAM

Adrián Curiel Rivera, CEPHCIS, UNAM

Verónica Hernández Landa Valencia, FES ACATLÁN, UNAM

Dante Liano, Università Cattolica del Sacro Cuore

Consuelo Meza Márquez, Universidad Autónoma de Aguascalientes

Begoña Pulido Herráez, CIALC, UNAM

Cira Romero, Academia Cubana de la Lengua

Rubén Ruiz Guerra, CIALC, UNAM

Margaret Elisabeth Shrimpton Masson, Universidad Autónoma de Yucatán

Arturo Taracena, CEPHCIS, UNAM

COMITÉ DE INVESTIGACIÓN Y EDITORIAL

Laura Águila • Braulio Aguilar • Joshua Córdova • Gabriel M. Enríquez Hernández • Luis Gómez Mata • Verónica Hernández Landa Valencia • Gustavo Jiménez Aguirre • Eliff Lara Astorga • Luz América Viveros

DISEÑO DE LA COLECCIÓN

Andrea Jiménez

PORTADA

Gonzalo Fontano

SERVICIO SOCIAL

Alejandro Bernal • Diana Ramos



Sombra se terminó de editar en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, el 2 de noviembre de 2020. La composición tipográfica, en tipos Janson Text LT Std de 9:14, 10:14 y 8:11 puntos; Simplon Norm de 9:12, 10:14 y 12:14 puntos, estuvo a cargo de GUADALUPE MARTÍNEZ GIL. La edición estuvo al cuidado de BRAULIO AGUILAR y GABRIEL M. ENRÍQUEZ HERNÁNDEZ.